



Decisión

Édgar Neri Quevedo

Un cuento de fútbol desde dentro
de la cancha, desde el pasto
y el balón

Facultad de Contaduría y Administración

*A Mario y Édgar, padre e hijo,
extremos de mi corazón*

El portero ha volteado hacia mí, toma el balón con la mano derecha y echado el brazo hacia atrás, me alerta sobre la posibilidad de enviármelo. Estoy parado justo sobre la línea lateral izquierda, ocho pasos antes de la media cancha. De venir el balón, seguramente será con fuerza, precipitado, haciendo un arco en el aire antes de tocar el pasto. ¿Qué haré? ¿lo dejaré botar o saldré a su encuentro? En el fondo temo que rebote demasiado fuerte y no pueda controlarlo. Eso es lo menos peligroso, ya que tengo muy cerca al extremo contrario. Sé que es hábil y al menor desacuerdo recuperará el balón y puede marcar el gol: yo soy el último hombre antes del portero.



Ya veo el diario *Acontecer*: *Error de Mendoza cuesta el título.*

Y mi padre en el taller recibiendo los comentarios de sus amigos: debió echarla hacia afuera, romper la pelota antes de intentar controlarla en tan comprometido terreno, si sabía que el *Caballo* es tan hábil, por qué no la regresó al portero al menos. Creo que tu hijo no jugará más, un error así no se perdona.

Lo sé, el *Caballo* es capaz de eso y más. También sé que faltan sólo dos minutos para que concluya el partido y un gol a estas alturas resulta mortal.

El empate nos da el título por diferencia de goles.

El portero da muestra de dudar en su lanzamiento, detiene el balón con las dos

Faltan dos minutos para que concluya el partido y un gol a estas alturas resulta mortal

manos y se perfila hacia el lado contrario donde Felipe, siempre seguro, espera con la mano en alto.

Atrás de él se encuentra el *Chupón* —extremo izquierdo poco hábil pero enjundioso, siempre alerta y batallador, de esos que insisten e insisten yendo a todas las pelotas, a veces con torpeza, a veces con temeridad— quien percibe el posible envío y se acerca hasta tocar la espalda de Felipe para hacerle saber: estoy aquí; para presionarle en esa atmósfera que sólo se conoce dentro de la cancha.

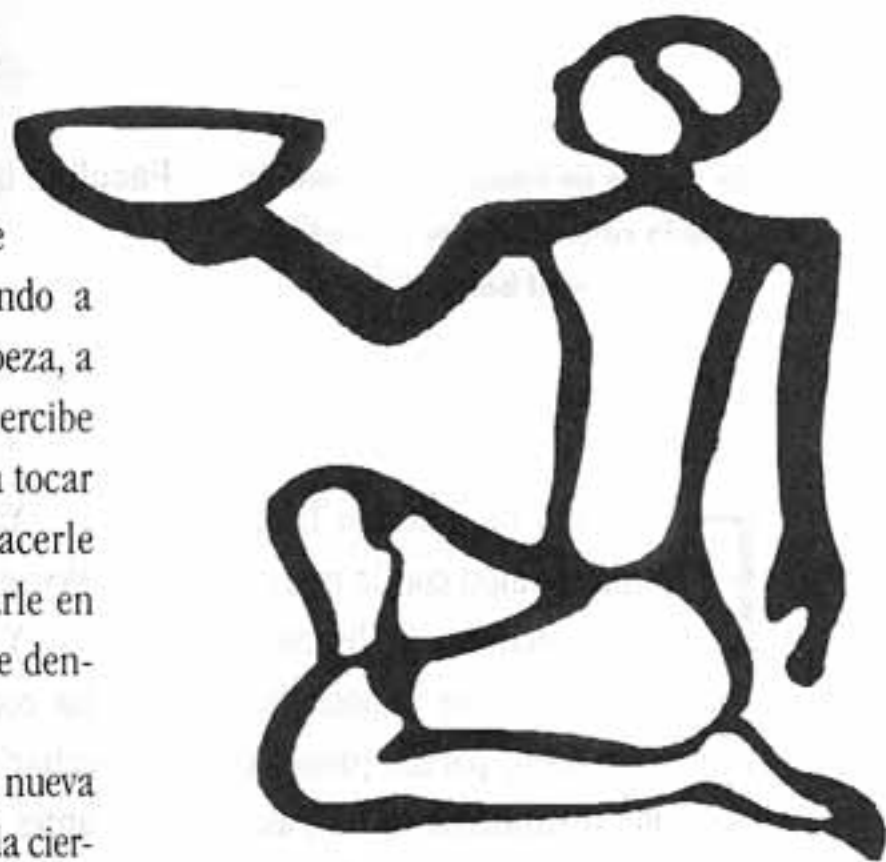
El portero ha volteado de nueva cuenta hacia mí, noto en su mirada cierta malicia por saber si soy capaz de controlar su envío. Fue él quien haciendo aspavientos con los brazos nos mandó a todos adelante en una osadía que no logro entender, más cuando el empate nos otorga el título. Gracias a ello quedamos abajo para defendernos de un posible ataque sólo Felipe y yo.

Por cierto, Felipe ha dejado de mirar hacia el portero,

se hace el indiferente al saberse cubierto por el *Chupón*.

El portero sigue con el balón entre sus manos, le podrían marcar retención por el tiempo que ha tomado para decidir el envío.

De pronto, sosteniendo el balón con la mano izquierda da dos pasos y despeja con la pierna derecha, el balón se eleva de prisa bajo el inclemente sol de las dos de la tarde que impide verlo con claridad.



No distingo muy bien la trayectoria hasta que está muy cerca. Me ha elegido. Vertiginosamente el balón empieza a caer y me confunde, aún no determino qué hacer: ¿Espero a que bote o acudo a recibirlo?

Empiezo a correr hacia donde supongo tocará el pasto, debo pensar y no he pensado aún nada ☉

